


2017

De la sierra a la ciudad. Violencia de género y feminicidio en “El limpiador” de Rocío Silva-Santiesteban

Viviana Rigo de Alonso

Southern Connecticut State University, vrigodea@gmail.com

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>

 Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Rigo de Alonso, Viviana (2017) "De la sierra a la ciudad. Violencia de género y feminicidio en “El limpiador” de Rocío Silva-Santiesteban," *Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies*: Vol. 31 , Article 5.

Available at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro/vol31/iss31/5>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

De la sierra a la ciudad. Violencia de género y feminicidio en “El limpiador” de Rocío Silva-Santiesteban

Palabras claves: violencia, feminicidio, cultura indígena, ciudad marginal

Viviana Rigo de Alonso
Southern Connecticut State University

En 1994, la poeta, ensayista y periodista peruana Rocío Silva-Santiesteban incursiona por primera vez en la narrativa y entrega a los lectores su primer libro de relatos cortos titulado *Me perturbas*. De entre estas narraciones signadas por la violencia en general, sobresale la sórdida rudeza de la violencia de género que permea “El limpiador”. Este cuento, como la autora menciona en el epígrafe, se trata de la reelaboración de un antiguo relato de Enrique López Albújar titulado “El campeón de la muerte” en el cual se exponen algunas prácticas tradicionales y costumbres violentas del indígena serrano y su concepción de la justicia en los albores del siglo pasado. En “El limpiador” Silva-Santiesteban despoja a los personajes de su condición indígena y los sitúa en los barrios marginales de una ciudad de la costa peruana, presumiblemente Lima, de la última década del siglo XX con lo cual refleja la cruenta y brutal realidad del submundo urbano equiparándolo con la primitiva y marginal realidad rural e indígena de principios de siglo. En ambas historias, la violencia de género se presenta llana y abiertamente. Primero mediante la objetivación del cuerpo de la mujer que se convierte en el campo de batalla donde el hombre expone su virilidad y su dominio desembocando en el feminicidio, y por otra parte, la mujer convertida en trofeo, en el instrumento mediante el cual el victimario expone su superioridad sobre un implícito oponente masculino (padre, hermano, relacionado con la víctima). Me propongo analizar primeramente la manera en que se manifiesta la violencia de género y su significado en “El campeón de la muerte” de López Albújar para compararlo luego con “El limpiador” de Rocío Silva Santiesteban, con el fin de demostrar que en este cuento contemporáneo se exageran las connotaciones sexuales de la violencia contra la mujer, violencia que sirve como medio de exaltación de la masculinidad en la sociedad urbana moderna.

Primeramente debo indicar que el maltrato y las agresiones físicas, verbales y/o psicológicas, es decir la violencia de género se ha manifestado a lo largo de la historia y continúa manifestándose prácticamente en todas las sociedades y culturas del mundo. Bajo el concepto de violencia de género se engloba numerosos tipos de agresiones contra la mujer: física, verbal, psicológica, económica, doméstica, de pareja, acoso sexual, explotación sexual, mutilación, infanticidio de niñas, siendo una de las más extremas el feminicidio. De acuerdo a la acepción que ofrece el Diccionario de la RAE, el feminicidio es el “asesinato

de una mujer por razón de su sexo”. Diana Russell y Jane Caputi amplían el concepto al enfatizar el sexo masculino del perpetrador y la causas por las que se produce el delito y lo definen como “el asesinato de mujeres realizado por hombres motivado por odio, desprecio, placer o un sentido de propiedad de las mujeres” (Russell). Aunque la violencia de género se da de manera “universal”, es decir en sociedades y culturas muy dispares, no puede considerarse como una serie de agresiones aisladas llevadas a cabo por algunos hombres por motivos personales sino que obedece a patrones de conducta de carácter cultural y social (San Segundo Manuel, Teresa).

La violencia de género pone al descubierto y evidencia el sistema dual de géneros, en el que uno de ellos tiene preeminencia sobre el otro, que se encuentra imbuido en nuestra cultura. En este sistema dual, las fronteras entre lo que se considera masculino y lo que se considera femenino se encuentran claramente demarcadas en lo que se refiere al aspecto físico, el sexo, el temperamento y el comportamiento de cada uno de los géneros (O’Toole-Schiffman xii). Para el hombre, la adquisición de las características que se consideran propiamente masculinas (masculinidad socialmente creada) terminan produciendo una divergencia entre dos esferas de comportamiento que se excluyen mutuamente: actividad vs. pasividad. Según Michael Kaufman, la extrema represión de la pasividad y la acentuación de la actividad contribuyen al desarrollo de un tipo de temperamento o conducta caracterizada por el “exceso de agresividad” que se considera propiamente masculina. Este tipo de conducta o comportamiento es la norma en las sociedades patriarcales aunque el grado de agresividad varía de persona a persona y de sociedad a sociedad (Kaufman 37). De esta manera la violencia o el mayor grado de agresividad a que se ve obligado el hombre para demostrar su masculinidad se convierte en un instrumento de control social que puede implicar tanto la fuerza física como la presión psicológica ejercida no sólo sobre la mujer sino también sobre otro hombre.

Una característica significativa del comportamiento masculino es el uso de la fuerza para mantener el privilegio. La fuerza y la violencia ejercida por parte del hombre dentro de la familia sirve primeramente como medio de dominación sobre la propia mujer pero cuando esta violencia se dirige a una mujer fuera de su microcosmos familiar, a la mujer del *otro*, puede convertirse también en un instrumento de sometimiento de otro hombre que queda *vencido* o *inferiorizado* por la reducción de una mujer bajo su círculo de dominación. Esto se puede apreciar dándole un vistazo a las instituciones y prácticas del pasado ya que, según algunos historiadores y antropólogos, la violación y otras formas de violencia física y psicológica eran prácticas estándar usadas por los hombres para controlar a las mujeres en la propia comunidad. Pero además, en casos extremos, de guerras por ejemplo, nos dicen Laura O’Toole y Jessica Schiffman, fue el

perfeccionamiento de técnicas de coerción violenta sobre las mujeres cautivas lo que llevó a la dominación y el control de los otros hombres sin que hubiera necesidad de matarlos. Esta forma de violencia contra la mujer y las elaboradas estructuras sociales que se desarrollaron en torno a estas prácticas sirvieron para establecer aspectos claves de la independencia de la mujer e institucionalizar el patriarcado (Roots of Male Violence 6).

La violencia masculina utilizada contra la mujer que sirve como método de dominación sobre otro hombre en una sociedad patriarcal "primitiva" es apreciable en "El campeón de la muerte," el cuento andino de Enrique López Albújar, sobre el cual, como he mencionado anteriormente, Rocío Silva-Santiesteban efectúa una rescritura para representar la realidad urbana en que se ven envueltos los barrios marginales de la ciudad de Lima de la última década del siglo XX. La narración de López Albújar se sitúa en la empobrecida región de los Andes peruanos donde el autor estuvo destinado como funcionario judicial entre 1917 y 1923. Los personajes indígenas o mestizos de las narraciones albujuarianas se presentan sin mayor profundidad psicológica y el comportamiento de los mismos se rige por un sistema de creencias y valores ancestrales extraños para la sociedad limeña occidentalizada de la época. Luis Fernando Vidal, uno de sus prologuistas, afirma: "Este narrador instala, en medio de un espacio violento e inmisericorde, a hombres rudos cuya actuación parecería como impulsada por los más elementales instintos" (7). La versión del hombre andino de López Albújar está exenta de los estereotipos paternalistas con que algunos escritores indigenistas pintaban a sus personajes. Estos hombres no son desvalidos ni sumisos, no apelan a sentimentalismos, ni buscan tampoco pretenden recibir la simpatía o compasión del lector. Debo recalcar que López Albújar intenta retratar la realidad del serrano tal cual es pero no pretende que sus personajes sean arquetipos. Es por ello que, como lo expresa Vidal, "es preciso verlos... como individualidades cuya conducta intenta ajustarse a una situación y a su propio carácter de seres marginales" (9-10). Por su parte, Maruja Barrig si bien le reconoce a López Albújar el mérito de haber desenhebrado el sistema judicial imperante en la zona andina le recrimina que la suya es la "visión del magistrado 'occidental' que tiñe de salvajismo y horror un mundo desconocido e impenetrable para él" (19). Ambos críticos coinciden en que estos hombres y sus violentas conductas provienen de una cultura andina primitiva y marginal cuyos crueles códigos resultan extraños e incomprensibles en una sociedad occidentalizada, moderna y urbana. Es necesario subrayar aquí que el código de valores al que obedecen los indígenas se funda sobre un sistema de justicia ancestral propio de un espacio y una cultura explotados económica y socialmente pero excluidos del proceso de modernidad del Perú (La ciudad en la narrativa peruana 17-8). Pero, la percepción de inferioridad de la mujer que dichos códigos transmiten y la violencia que generan no son ni provenientes ni privativos de los

indígenas ya que, como veremos, es el mismo sistema de valores el que rige la conducta de los personajes masculinos de la sociedad marginal limeña contemporánea representada en “El limpiador”.

A grandes rasgos, “El campeón de la muerte” relata el secuestro y asesinato de una joven mujer, Faustina, cuyo padre, Tucto, se ha negado a entregarla en supuesto matrimonio a Hilario Crispín. Tucto, un campesino indígena trabajador y honesto ha desairado a Crispín negándole su hija no por considerarlo un pretendiente con escasos recursos económicos sino por su dudosa reputación: un indio de “malas entrañas”, bebedor de *chacta*, seductor de doncellas, un mostrenco desocupado y vagabundo que “para un indio honrado esta es la peor de las tachas que puede tener un pretendiente” (32). Faustina, quien no tiene voz ni voto en el asunto (no sabemos si ha tenido alguna relación anterior con Crispín o si ella está interesada en el matrimonio), es raptada por Crispín quien la asesina brutalmente y, después de un mes le devuelve al padre, envuelto en un saco, el cuerpo putrefacto y sanguinolento de su hija descuartizada. El asesinato de Faustina es un acto de violencia extrema contra una mujer al que podemos calificar en términos modernos como un feminicidio porque ha sido asesinada por ser mujer y objeto de propiedad masculina. Su cuerpo sin vida se convierte en un instrumento de represalia y amenaza hacia el padre, un hombre mayor que no se ha sometido a los deseos de otro hombre más joven. La objetivación del cuerpo femenino se evidencia en la omisión de los detalles del asesinato de Justina, en el silencio de su voz y en la desapasionada reacción del padre ante la visión del cuerpo descuartizado de su hija. Tucto, impávidamente le pide al asesino un sol para costear el velorio y atender a quienes vengan a presentarle sus condolencias, mostrando mayor preocupación por sus obligaciones sociales que por conocer las razones por las que ha muerto Faustina. La respuesta lacónica e irónica de Crispín, el asesino, es que un mostrenco no tiene dinero. La situación parece implicar que la muerte de Faustina no acarreará mayores consecuencias legales ni sociales y que su muerte se podría “pagar” mediante una simple transacción comercial aunque Tucto procurará saldar cuentas con Crispín, no para vengar la muerte de su hija, sino para lavar su mancillado honor de hombre.

Ante la imposibilidad de hacer justicia por sus propios medios, no porque las leyes peruanas le pongan algún reparo sino porque no sabe matar adecuadamente (de acuerdo a los ritos y tradiciones ancestrales), Liberato Tucto envía a Martina, su mujer, para que contrate el mejor *illapaco* (asesino a sueldo) de la comarca. El *illapaco* Juan Jorge, aunque es un asesino por contrato, no mata sin tener razones valederas, ya que, según sus palabras, su máuser es como “la vara de la justicia” (41) y sus servicios sólo pueden ser contratados para matar criminales. Aparentemente, ni el asesinato de una mujer, ni el agravante de las

brutales e injustificadas circunstancias en que fue cometido, parecen tener suficiente peso como para desatar el justiciero máuser del *illapaco* ya que al enterarse de la identidad del asesino de Justina, el sicario lamenta que éste sea “un indio valiente” (41) y un buen tirador. Es decir, Crispín es un hombre que cuenta con los atributos masculinos generadores de agresividad y violencia apreciados en la sociedad, lo cual aumentará el precio a pagar para matarlo.

Por medio de Martina, Tucto le deja saber al *illapaco* que tiene un pedido especial y que está dispuesto a pagar lo que sea necesario. Para Tucto, la muerte de Crispín no es suficiente, quiere que el asesino sufra antes de morir por lo que requiere que el sicario le pegue diez tiros al mostrenco y que sea el último el que lo mate. El precio del trabajo: dos toros y diez terneros, uno por cada bala disparada. Después de mandar a investigar para cerciorarse de que Crispín efectivamente es el autor del feminicidio, el *illapaco* acepta el encargo e inicia sigilosamente, por las montañas y en compañía del padre agraviado, el rastreo y cacería del asesino de Justina. Cuando lo encuentra, cumple con la voluntad de Tucto y le da el primer disparo en la mano derecha “para que no vuelva a disparar más” (45), luego, uno en cada pierna para que no escape, el cuarto le destroza la mano izquierda y el quinto la mandíbula “para que calle” (46). Así continúa lenta y parsimoniosamente la tortura hasta que “la décima bala, penetrándole por el oído, le destrozó el cráneo” (47). Una hora le toma al Campeón de la muerte culminar el lento y horroroso suplicio de Crispín cuyo cadáver no es más que un “andrajo humano”, después de lo cual ambos victimarios indígenas realizan un ritual significativo para su cultura. Tucto le saca los ojos al cadáver para que no lo persigan, y la lengua, a la que le dio una feroz tarascada, para que no avise. Juan Jorge se deleita con el corazón de la víctima porque le pertenecía a un “cholo muy valiente” (47). Esta sangrienta costumbre de comer la lengua y llevarse los ojos de la víctima, según atestigua Ezequiel Ayllon, era una práctica frecuente en estas comunidades andinas y perseguía una finalidad pragmática: “asegurar la impunidad del delito, por el silencio de los deudos y por la imposibilidad de descubrir o identificar a los delincuentes” (Ayllon v). Pero, el canibalizar el corazón de la víctima para implícitamente apoderarse de sus valiosos atributos masculinos, acto que bien puede ser una creación ficticia de López Albújar, conlleva un simbolismo que pone de manifiesto la alta estima en que se tenían socialmente los “innatos” valores de agresividad y violencia masculina.

Tres cuartos de siglo después de la publicación de López Albújar, Rocío Silva-Santiesteban transvasa este retrato de la cultura indígena andina a la ciudad de Lima de las postrimerías del siglo XX y contextualiza el feminicidio en un ambiente urbano moderno signado por la violencia, la miseria, el uso de armas, el alcoholismo y el abuso de drogas. “El Limpiador” presenta el sórdido ambiente de los barrios marginales de Lima, un mundo dominado por hombres en el que su

fuerza y poder se encuentra representado en el buen manejo de las armas y la frialdad al matar al contrincante. El duro ambiente que sirve de trasfondo a la historia es de predominio masculino y en este mundo a la mujer se les asigna el valor de objeto que puede ser poseído y sobre el que el hombre puede descargar impunemente la violencia. Aunque la anécdota de ambos cuentos es la misma, la escritora introduce algunos cambios o alteraciones en “El limpiador” mediante los cuales el relato se distancia de los simbólicos rituales y códigos indígenas y se transforma en una brutal y verosímil historia de violencia que podría insertarse en los bajos fondos de cualquier ciudad moderna. Entre los más notables detalles que Silva-Santiesteban trastoca se encuentran la desaparición de los nombres de los personajes femeninos aunque se enfatiza su sexualidad como valor de posesión masculina; se modifica la causa por la que el sicario acepta el encargo de matar al autor del feminicidio y también se altera la función que la madre cumple dentro de la anécdota. En cuanto al tratamiento de los personajes masculinos, la autora diverge de López Albújar en el esbozo psicológico que ofrece de los mismos, en la asociación erotismo-violencia que establece en el hombre y, por último, en el significado otorgado al canibalismo que se practica con el corazón de la víctima masculina.

En “El Limpiador” una adolescente hastiada del maltrato que recibe de su padre alcoholizado escapa de la casa paterna con Monstrenko, uno de los peores malandrines del barrio. En este caso, la joven no es secuestrada sino que se marcha por su propia voluntad con un hombre con el cual tiene algún tipo de relación. Mostrenko asesina a la joven, descuartiza su cuerpo y lo pone dentro de un saco de arroz que arroja a los pies de Plomo, el padre de la víctima de feminicidio. “Ahí tienes a la puta de tu hija” (87) son las palabras con que el desafiante asesino interpela al padre mientras le arroja el cuerpo despedazado de su hija. Plomo queda estupefacto ante la atrocidad de lo que ve, maldice a Mostrenko e intenta reaccionar pero aturdido por el alcohol apenas puede mantenerse en pie. Mostrenko, sin ofrecer ninguna explicación de las causas por las que ha cometido el crimen, se lleva el saco con los despojos de la joven porque piensa que podría serle útil si Plomo intentara tomar represalias. El acto de llevarse el cuerpo del delito para evitar represalias cobrará sentido más adelante, cuando el lector comprenda que Plomo ha sido un policía en su juventud y que lo lógico sería que recurriera a la justicia institucionalizada para hacerle pagar a Mostrenko la muerte de su hija. Pero, por el contrario, Plomo decide empuñar un arma y hacerse justicia por cuenta propia.

A diferencia del estoico e inmutable padre indígena del cuento de López Albújar, Plomo, que es un hombre alcoholizado, da algunas muestras de remordimiento por el maltrato que le ha dado a su hija culpándose vagamente de que la adolescente haya dejado su casa (círculo de dominación paterna) para caer

bajo el dominio de un hombre que la ha matado. Pero además, para Plomo el asesinato de su hija a manos de un hombre del barrio más joven que él y que lo supone un rival inferior en el campo de las armas, representa la degradación de su masculinidad. Es así que con la idea no sólo de vengar la muerte de su hija sino también de restaurar para sí mismo su valor como hombre, Plomo se propone mantenerse sobrio y conseguir un arma en los antros de los barrios bajos limeños. Pero obtener un arma sin contar con dinero es tarea difícil. Primero Plomo intenta trocar la antigua arma reglamentaria que conserva de los tiempos en que fue policía, pero es despreciado y humillado por los traficantes de armas que lo consideran un borracho pusilánime incapaz de matar y, por lo tanto, un hombre sin honor. Finalmente, en un juego de ruleta rusa en el que se juega la vida, Plomo termina liquidando a su oponente, un hombre que ha intentado engañarlo usando un arma descargada durante la apuesta. En el caótico revuelo que se produce en la sala de apuestas, Plomo logra apoderarse de una ametralladora, arma muy apreciada entre los jóvenes del barrio. En este momento, pese a que se ha demostrado a sí mismo que todavía puede matar, el padre agraviado reconoce que su edad y el calamitoso estado físico en que se encuentra, producto del perpetuo consumo de alcohol y drogas, le impedirán cumplir con su objetivo de matar a Mostrenko y es por ello que se ve obligado a contratar los servicios del mejor y más respetado sicario del área, Limpiador.

En este punto del relato es donde encontramos una de las divergencias más significativas respecto al relato de Lopez Albújar. Como hemos visto, en el "El campeón de la muerte" la madre de la víctima del femicidio es la emisaria y encargada de contratar al *illapaco* con lo cual la mujer contribuye activamente en la obtención de justicia para su hija y en la restauración del honor de su marido. Por su parte, en "El limpiador" la madre es una figura ausente a través de todo del relato aunque esa ausencia se convierte en "presencia" decisiva durante el contrato que se establece entre el padre y el sicario. El diálogo del primer encuentro entre Plomo y El Limpiador evidencia que ambos hombres se conocen. El joven sicario supone que el viejo viene a ofrecerle un trabajo y se sorprende cuando Plomo le pregunta: "¿Alguna vez te tiraste a mi hija?" (99). La respuesta del asesino a sueldo es que nunca lo hizo ante lo cual Plomo le anuncia escuetamente que su hija está muerta y le desvela la identidad del asesino. Limpiador no se molesta en hacer preguntas sobre las circunstancias ni las causas del feminicidio, para él no tienen ninguna importancia, pero sí lamenta que sea Mostrenko a quien tenga que matar: "...ese tipo es el mejor de la zona norte, uno de los más valientes, si me lo bajo nos vamos a quedar sin hombres" (100), dice el asesino a sueldo remarcando el alto aprecio en que se tienen tan viriles cualidades en el ambiente. Plomo lo interrumpe para espetarle: "... y qué importa, si ya nos quedamos sin mujeres" (100). La frase no parece tener mayor importancia en el momento, ya que Limpiador continúa poniendo reparos y rechazando el trabajo y

reacciona airadamente cuando Plomo le ofrece la ametralladora como pago por el encargo. Pero resulta que el sicario también tiene una deuda que pagarle a Plomo y Plomo viene a cobrársela: “Mira, muchacho, yo te voy a dar la metralla y tú vas a matar a ese hijo de puta de diez tiros, me oyes, de tiros y no se diga más, tú me debes una” (100), le dice al asesino a sueldo. Y agrega “Tú la dejaste sin madre, ahora tienes que vengarla...” (101). Es aquí que el “quedarnos sin mujeres” cobra sentido ya que la madre de la adolescente, la mujer de Plomo, había mantenido una relación signada por la voluptuosidad sexual con el joven sicario y éste la había matado. La evocación de esa mujer en particular le produce a Limpiador un erótico escozor entre las piernas mientras recuerda: “Putísima, esa mujer había sido una verdadera ramera. Pero fue la única que lo hizo sentir” (101). Nótese que ese sentir no expresa la existencia de sentimiento amoroso sino que la mujer es recordada como un objeto sexual capaz de ofrecer placer. Por otra parte, Plomo tampoco manifiesta haber abrigado ningún tipo de afecto por la madre de su hija por lo que podemos inferir que la deuda que le cobra es haberle quitado la mujer que habiendo estado bajo su dominio demostraba su hombría. De esta manera, el “cobro” del asesinato de la madre es lo que desencadena el ajusticiamiento de Mostrenko, el perpetrador del asesinato de la hija. En ambos feminicidios las mujeres han muerto simplemente por ser seres considerados carentes de valor como personas, han sido objetos-trofeos ganados y luego descartados en una competencia sexual masculina por demostrar la superioridad o el liderazgo sobre otros hombres.

En “El Limpiador” el ajusticiamiento del perpetrador del femicidio se lleva a cabo de manera similar que en el cuento de López Albújar aunque se encuentran algunos detalles que apuntan a exaltar las connotaciones sexuales del castigo que Mostrenko recibe. Es necesario acotar aquí que las escasas referencias que se han hecho tanto de la hija y a la madre asesinadas han sido en términos sexuales despectivos. El sicario cumple el encargo de matar a Mostrenko tan cruel y parsimoniosamente como lo hace el *illapaco* de López Albújar pero no tiende la emboscada en la sierra sino en una azotea desde donde se divisa el cuarto del malandrín. Allí esperan uno junto a otro Limpiador y Plomo la llegada de Mostrenko que aparece con una muchacha. La imprevista presencia de la joven parece alterar a Plomo que le cuestiona al sicario qué hacer con ella. El sicario le responde con una pregunta: “¿También quieres que me la baje? No has pagado por ella” (104). Mostrenko y la chica se dirigen entre risotadas a la azotea del edificio donde Mostrenko comienza a acariciar las nalgas de la muchacha. Plomo, quien se encuentra unos pasos detrás de Limpiador, le pide entre murmullos que le dé el primer tiro en la mano derecha “para que no coja el arma” (104) refiriéndose sarcásticamente al pene de Mostrenko. Suena el primer disparo que le destroza la mano derecha a Mostrenko mientras su compañera huye por la escalera de emergencia. Desde la distancia se le puede ver el fundillo del pantalón

“donde la había estado manoseando” (104) empapado en sangre. Mostrenko, quien tiene herida sólo una mano, intenta correr para ocultarse pero un segundo disparo le abre un boquete en la pierna izquierda y un tercero en la pierna derecha dejándolo malherido aunque no de muerte. Pese al intenso dolor que siente Mostrenko intenta incorporarse pero cae de rodillas aprovechando el momento para practicar la artimaña de quedarse inmóvil simulando estar muerto. La triquiñuela suerte el efecto deseado en Plomo, quien decepcionado por el escaso sufrimiento que ha padecido el asesino de su hija y la rapidez con que ha concluido el ajuste de cuentas, le recrimina al sicario el haberlo matado demasiado pronto. Limpiador, a quien su víctima no ha logrado engañar, se mantiene impassible aunque molesto por la impaciencia de Plomo. “¿Crees que no cumplo con lo que se me pide?! Hay que esperar” (105), le responde mientras se dispone a deleitar un cigarrillo y a inspeccionar la mira telescópica de su arma. Transcurridos veinte minutos aproximadamente el sicario percibe que su víctima se arrastra dificultosamente por la azotea pero antes de que Mostrenko llegue demasiado lejos, Limpiador le destroza la mano izquierda de otro tiro. Descubierta en su engaño y espantado por la precisión y frialdad del francotirador, Mostrenko se da cuenta de que su victimario es el mejor y más implacable asesino del área por lo que comienza a llamarlo a gritos por su nombre. En esta ocasión el disparo de Limpiador va a la mandíbula inferior de Mostrenko “para que no hable más” (106) y luego le apunta a cada ojo porque Limpiador recuerda muy bien las enseñanzas de su maestro: “reventarles los ojos a sus víctimas para que no lo persiguieran en sueños” (107). Cuando Limpiador está a punto de dar el tiro final que rematará a la víctima, Plomo se adelanta a la acción y le dice: “Ya sabes dónde quiero el último” (107). Sin mediar más palabras, Limpiador comprende lo que se le solicita por lo que apunta a la ingle de la víctima y mientras grita “¡Por cachero¹!” (107) para anunciarle a todo el barrio la razón del cruento castigo, le revienta los testículos de un tiro. Terminada la macabra faena, Limpiador y Plomo suben a la azotea vecina para cerciorarse del buen cumplimiento del encargo donde encuentran el destrozado cadáver de Mostrenko. El sicario saca un cuchillo de su cintura, le abre el pecho a Mostrenko y le saca el corazón. Asqueado y sin comprender el motivo de semejante acto, Plomo le pregunta para qué lo hace a lo que Limpiador responde: “...dicen que hay que comerse un corazón de hombre para volver a sentir” (107).

En el final de la historia es donde los actos de los personajes modernos y urbanos de Silva-Santiesteban adquieren un sentido que difiere del adjudicado a los personajes indígenas y serranos de López Albújar. Aunque, como hemos visto,

¹ Según el *Diccionario de Americanismos* de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en Perú y Chile *cachero* hace referencia a una persona que hace el acto sexual con frecuencia o con dotes extraordinarias.

las partes del cuerpo del ajusticiado donde se efectúan los disparos de ambos sicarios son casi las mismas, exceptuando el último balazo, las razones por las que se eligen dichas partes son diferentes y significativas. En “El campeón de la muerte” el lugar donde se dan los disparos tiene una finalidad pragmática. El primer tiro va dirigido a la mano derecha para que Tucto no pueda empuñar el arma y defenderse, el segundo y el tercero a las piernas para que no escape, el cuarto a la mano izquierda y el tiro de remate a la cabeza. En “El Limpiador” el primer tiro da en la mano derecha de Mostrenko, la mano con la que está manoseando las nalgas de la muchacha y la mano con la que supuestamente se tomaría el pene (recordemos el ya mencionado sarcasmo en el comentario de Plomo en este momento). Los dos disparos que siguen se dirigen a ambas piernas obviamente para inmovilizarlo y el cuarto, después de haber esperado veinte minutos, a la mano izquierda. “Esta para coronarte, zurdo desgraciado” (106) menciona Limpiador mientras apunta con lo cual queda claro que ésta es la mano con que Mostrenko podría haber empuñado el arma para defenderse. Este detalle aparentemente nimio es el primer indicador de las connotaciones sexuales que conlleva el ajuste de cuentas ya que el asesino a sueldo primero “desarma” metafóricamente a Mostrenko en el plano sexual y más tarde se ocupa de incapacitarlo en el manejo de las armas de fuego. Por otra parte, el tiro de gracia no va dirigido a la cabeza o al corazón, órganos vitales donde el impacto sería indudablemente mortal, sino que deliberadamente impacta los órganos sexuales mientras se menciona explícitamente la razón: haber mostrado poseer buenas dotes para el sexo lo cual capacitaba a Mostrenko para tener bajo su poder o dominio a muchas mujeres. No está de más recordar aquí que la mujer asesinada que ha desencadenado esta mortal revancha es la hija de Plomo quien logró salir del círculo del dominio paterno para caer bajo el dominio de un hombre más joven. Y que el padre agraviado, incapaz de recuperar su “honra” masculina por haber perdido su antigua destreza con las armas, recurre al hombre que anteriormente, desde el punto de vista sexual, lo había degradado en su virilidad quitándole a su mujer por simple placer sexual.

La preeminencia del predominio masculino y su estrecha relación con la violencia de las armas en este submundo marginal y urbano se encuentra representada en el texto por los nombres o, mejor dicho, apodos de los personajes masculinos que son los únicos que tienen identidad. Plomo, el apodo del padre agraviado, es el término con que coloquialmente se denomina a una bala. El personaje en cuestión es un hombre de 60 años, ex sargento desocupado que traicionado y abandonado por su mujer vive perdido en su propia soledad y ahogado por el alcohol. Es un hombre mayor que ha tenido una hija tardía a la cual en sus continuas borracheras maltrata con facilidad. Del asesino de su hija, Mostrenko, sólo sabemos que es uno de los peores hombres del barrio, es buen tirador de armas y que tiene éxito con las mujeres. Su apodo le confiere al

personaje cierto grado de animalidad ya que el término “mostrenco” se utiliza frecuentemente para designar al ganado vacuno y caballar salvaje, sin dueño, y cuando se usa en referencia a una persona es para indicar su torpeza y falta de luces. El personaje del sicario, alias Limpiador, es un hombre joven, de 30 años, que tiene aproximadamente 20 pupilos a quienes les enseña a perfeccionarse en el manejo de las armas y los adiestra para sobrevivir y sobresalir en el violento ambiente del hampa. Limpiador, encarnación del prototipo de la masculinidad inspira respeto en el vecindario donde ha aprendido que el hombre siente una “... necesidad íntima [...] para jugar con la violencia” (92). Pero el estado de perpetua violencia en el que se ha sumergido lo ha deshumanizado completamente quitándole la posibilidad de tener emociones: ni amor ni odio, ni temor ni alegría, ni tristeza ni culpa. El personaje es consciente del precio emocional que ha pagado por ocupar la posición de líder dominante en su comunidad mediante el uso de la violencia y anhela poder albergar algún rastro de emoción, desea sentir algo: “Quiero sentir lo que mierda sea” (92) se dice a sí mismo en íntimos susurros. Limpiador recuerda que alguna vez, una mujer había sido capaz de provocarle una tibia emoción pero “... eso había sucedido hacía mucho tiempo y la mujer que la había provocado desapareció bajo la impecable destreza de su propio pulso” (93). La mujer en la que piensa en este momento es la mujer de Plomo, la cual es siempre asociada al sexo: “Se sabía de memoria las formas de su cintura, de sus caderas, de esa falda apretada que le formaba el culo cuando caminaba meneándose” (101). Lo cierto es que pese a haber sido la única que lo hizo sentir, él mismo la mató. No se ofrecen explicaciones de las causas por las que se produjo este feminicidio pero, el motivo que se puede inferir del texto es que la mató simplemente porque el hombre tiene la viril necesidad de ejercer el dominio mediante la violencia². Desde otro punto de vista podríamos observar este feminicidio como instrumento que impone la superioridad social de un hombre sobre otro hombre. La víctima de este asesinato es la compañera de Plomo, es decir una mujer que pertenece al círculo de dominio de un hombre que por estar envejeciendo ha perdido su potencia sexual y su destreza con las armas. Limpiador, tras demostrar su preeminencia en el plano sexual al arrebatarle a la mujer, culmina de consolidar su jerarquía de líder matándola impunemente porque sabe que Plomo ya no tiene la capacidad de enfrentarse a él en el plano de las armas.

² La idea de que la agresividad compulsiva es un componente central de la masculinidad no sólo contribuye a legitimar la violencia hombre contra hombre, sino que legitima el abuso sexual que tiene como objetivo controlar el comportamiento público de la mujer, el asalto a homosexuales y lesbianas, la utilización de la violación sexual como práctica común y corriente en guerras, prisiones y en muchas de las relaciones íntimas de pareja (O’Toole-Schiffman xii).

Respecto a los personajes femeninos, es tan escasa la información que se presenta sobre ellos que ni siquiera llevan nombres propios, lo cual acentúa la visión de la mujer-objeto sexual, persona sin identidad, que ofrece el texto. La víctima del feminicidio y la madre de ésta, quien simplemente es mencionada pero, como hemos visto, tiene una oculta incidencia en la sucesión de los hechos, carecen de identidad, lo cual es un indicador de que las mujeres de este sector social no tiene ningún valor, no tienen voz, no son nadie. La hija asesinada de Plomo es una adolescente que se ha escapado de un hogar disfuncional, pero no lo ha hecho sola porque “Ninguna muchacha huye tan fácilmente” (86), piensa Plomo. Pero la liberalidad de rebelarse y huir de un padre que la golpea, ha producido que salga del dominio “protector” paterno para caer bajo el sometimiento de otro hombre que la mata no sin antes haberla usado previamente como objeto sexual. “Aquí tienes a la puta de tu hija” (87) hemos visto que le espeta Mostrenko a Plomo al mostrarle el cuerpo descuartizado de la joven. De la situación planteada se infiere que en este cruel submundo urbano la mujer no tiene posibilidades de independizarse de la sujeción masculina ya que, si logra escapar del círculo de poder de un hombre inevitablemente debe caer bajo el dominio de otro hombre. Por otro lado, la mujer es apreciada sólo como un objeto erótico cuyo valor social está directamente relacionado con su cuerpo y con la capacidad que éste tenga para proporcionar placer. Irónicamente, ese mismo cuerpo femenino en el que el hombre busca placer es sobre el que ejerce la violencia con la finalidad de completar su imagen viril y de dominio. El violento final al que parecen estar destinadas inexorablemente estas mujeres-objeto sexual se encuentra representado en boca de un grupo de pescaderas viejas que escuchan a Plomo contar la desgracia del asesinato de su hija. Sin demostrar ningún tipo de simpatía ni por la víctima del feminicidio ni por su padre “le gritaron que ahora casi todas las mujeres bonitas morían de esa manera” para añadir, “Las bonitas y las putas” (94). La afirmación proviene de un grupo de mujeres anónimas que representa la voz colectiva y nos da indicios de que en los sectores marginales del espacio urbano que se representa en el texto, la violencia que se ejerce sobre el cuerpo de la mujer está directamente ligada a su género y sexualidad. Mientras más atractiva sexualmente sea la mujer mayor riesgo corre de ser objetivada sexualmente, ser disputada como trofeo, ser abusada y ser asesinada. Es decir, se convierte en un objeto que se aprecia momentáneamente pero que está exento de valor en sí mismo por lo cual puede ser fácilmente desechado y destruido.

En conclusión, con el fin de retratar la extrema violencia a la que la mujer se encuentra sujeta en los sectores marginales de la sociedad urbana actual, “El Limpiador” trae al presente los desconcertantes códigos de comportamiento y las ancestrales costumbres de los indígenas serranos de principios del siglo pasado. “El campeón de la muerte” nos enfrenta con una anécdota violenta en la cual el feminicidio es el detonante que dispara una historia de venganza que culmina con

el ajusticiamiento del victimario. Las conductas de los hombres están guiadas por un código de valores centrados en el honor y la honestidad y, si bien la mujer ocupa un lugar secundario y de subordinación, se encuentra menos objetivada sexualmente. Es a través de las mujeres que se encuentran bajo el dominio del padre (la hija asesinada y su esposa) que este pierde y restablece su hombría. "El Limpiador" retrotrae la misma anécdota al presente en un medio urbano en donde se exacerbaban las connotaciones sexuales de ambos feminicidios como así también del ajusticiamiento lo cual le da a la venganza un sentido más brutal, instintivo y hasta me atrevo a decir "incivilizado". El ambiente urbano de los barrios bajos que trasluce este texto es un campo de batalla dominado por los hombres, un espacio donde la mujer es disputada cuasi trofeo de guerra por lo que se encuentra expuesta a la violencia extrema simplemente por ser mujer. Parecería que en ciertos espacios urbanos modernos, en lo que concierne a cuestiones de violencia de género, se está regresando a un pasado retrógrado, regido por códigos de comportamientos que se consideran ya caducos e inapropiados para una sociedad moderna y civilizada.

Obras citadas

Ayllon, Ezequiel S. "Prólogo." *Cuentos Andinos. Vida y costumbres indígenas* por Enrique López Albújar. Lima: Imprenta de la Opinión Nacional, 1920. Print.

Barrig, Maruja. Comp. *La ley es la ley, la justicia en la literatura peruana. Antología*. Lima: Centro de Estudios de Derecho y Sociedad. 1980. Print.

Kaufman, Michael. "The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence." Ed. O'Toole, Laura L., Jessica R. Schiffman *Gender Violence. Interdisciplinary Perspectives*. New York: New York University Press, 1997. Print.

López Albújar, Enrique. "El campeón de la muerte." *Cuentos Andinos. Vida y costumbres indígenas*. Lima: Imprenta de la Opinión Nacional, 1920. Print.

O'Toole, Laura L., Jessica R. Schiffman. "Preface." Ed. O'Toole, Laura L., Jessica R. Schiffman *Gender Violence. Interdisciplinary Perspectives*. New York: New York University Press, 1997. Print.

- . "Roots of Male Violence and Victimization of Women." Ed. O'Toole, Laura L., Jessica R. Schiffman *Gender Violence. Interdisciplinary Perspectives*. New York: New York University Press, 1997. Print.
- Russell, Diana E. H. "Defining Femicide and Related Concepts." Ed. Russell, Diana E. H. & Harmes, Roberta A. *Femicide in Global Perspective*. New York: Teachers College Press, 2001. Print.
- San Segundo Manuel, Teresa, et al. *A Vueltas con la violencia (Derecho - Biblioteca Universitaria de Editorial Tecnos) (Spanish Edition) - Kindle Edition* by Teresa San Segundo Manuel, Miguel Ángel Arconada Melero, Pedro Fernández Santiago, Paloma García Picazo, Celia Garrido Benito, Elizabeth González Laurés, Carlos Igual Garrido, Daniel A. Leal González, Miguel Lorente Acosta, Trinidad Nieves Soria López, Ruth Teubal, María Concepción Torres Díaz. *Politics & Social Sciences Kindle EBooks @ Amazon.Com*. N.p.: Tecnos, 2016. Web. 26 Feb. 2017.
- Silva-Santiesteban, Rocío. "El Limpiador." *Me perturbas*. Lima: Ediciones El Santo Oficio, 1994. Print.
- Vidal, Luis Fernando. "La ciudad en la narrativa peruana." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XII, Nro. 25. (1987): 17-39. Print.
- . "Prólogo." *Enrique López Albújar. Cuentos Andinos*. Lima: PEISA, 1986. Print.